

# Una experiencia en pro de los marginados DE LA CARIDAD A LA JUSTICIA

PEDRO PRIETO

**E**N el mismo cogollo de uno de los barrios del casco antiguo de Palma de Mallorca, la Calatrava, existe un viejo edificio que hasta hace poco, unos ocho años, y desde hace unos trescientos, fue Colegio Mayor. La Sapiencia, se llama. En él, desde siempre, estudiaban ocho privilegiados seminaristas. Ocho. Hoy está habitado por unos trescientos marginados. Gentes sin trabajo, muchos de ellos salidos de cárceles, manicomios, alcoholizados y viejos prematuros a los que la sociedad nunca les ha perdonado nada. Pero no están solos. Con ellos, bregando por y para ellos, hay un grupo de trabajo, un equipo, formado por tipos de diferente condición: objetores de conciencia, psiquiatras, religiosas, marxistas, ateos, hombres de Dios, curas, etcétera, que aúnan sus esfuerzos para que La Sapiencia sea algo más que un "ghetto" de marginados, otro más de los muchos que por desgracia existen en el país.

—Yo no soy ningún marginado, aunque viva con ellos a diario desde hace tres años. Por eso creo conocer algo el problema. Vengo a ser un poco la dentadura postiza de un cuerpo ajeno, de un cuerpo que no es el mío, pero de un cuerpo que, al fin y al cabo, no comería sin esa dentadura. Y aunque hable en singular, me refiero, cuando digo dentadura, a ese grupo de trabajo que formamos.

Quien dice esto es Jaime Santandreu —en Jaume, como le suelen llamar—, un cura joven, natural de Manacor, bastante criticado por determinado sector de la Iglesia y sociedad mallorquina, pero que él, fiel a sus convicciones, sigue su camino. El es, digamos, la cabeza visible de ese equipo que lucha por hacer sentir que los marginados existen; por hacer comprender que el marginado es algo más que ese borracho que vemos tirado en la calle, o ese pobre que duerme en el parque —pero si en Palma no hay parques! Da lo mismo: parque o portal—, o ese enfermo que ha escapado del manicomio, al cual hay que encontrar a toda costa, porque puede ser un peligro para nuestra sociedad.

—La Sapiencia —sigue diciendo el cura al mismo tiempo que nos la va mostrando— es, simplemente, el nombre propio del edificio del antiguo Colegio Mayor de estudiantes de cura; por cierto, donde yo estudié. Hasta hace tres años La Sapiencia nada tuvo que ver con la marginación, entre otros moti-

vos, porque no existía, o si existía alguien se encargaba de encubrirlo, como ha sucedido con otras muchas cosas. Hoy, por suerte o por desgracia..., yo creo que es más por suerte, porque demuestra que el problema está, y está ahí, es eso, La Sapiencia. El signo, o el símbolo de la marginación en Mallorca. Sí, efectivamente, La Sapiencia es a la marginación como la plaza de las Ventas, por ejemplo, es a los toros. Así de sencillo. Mencionando tan sólo su nombre ya se sabe lo que se va a encontrar en ella. Y ese es el gran triunfo de Jaime

un mal jergón, algo que hasta ahora se les negaba, "porque al marginado siempre se le ha hablado en futuro. Construiremos un centro de viejos prematuros... Se mirará hacer una casa de desalcoholización... Pensamos que pronto estará terminado el hospital... Mientras tanto, espere usted. Aguarde usted. Ahora no es posible. Vaya al comedor de Auxilio Social... Acuda a Cáritas... Espere...". Y el hambre, el sufrimiento y la desesperación no pueden esperar; de ahí, aunque no poseen nada, apenas nada, tienen algo. Y además, existen.

das, antes ocupadas por un solo seminarista, duermen entre catorce y dieciséis personas, "y como aquellos, éstos, aunque apilados y amontonados, son también privilegiados al tener un techo y unas paredes que les resguardan del viento y del frío, porque hay muchos más que por dormir en los pasillos ni eso tienen. Bien... tienen una cama, un colchón y una manta, con los que se resguardan de las inclemencias".

En La Sapiencia, de la que se sale a las diez de la mañana a buscar trabajo o a, simplemente,



En La Sapiencia se aprovechan hasta los pasillos para colocar camas.

Santandreu y los suyos: hacer saber que el problema existe.

El edificio, sito en la plaza de San Jerónimo, consta de dos plantas más los bajos. Por doquier aparecen camas y colchonetes. También se ven en él gentes de mirada huidiza: la escoria de nuestra sociedad. Hombres que por no tener no tienen ni familia, y si la tienen ésta les ha olvidado, como lo demuestra la correspondencia que a diario se recibe en el centro: cartas de citación, permisos de trabajo, oficios, circulares, pero nada que tenga color u olor familiar. Bueno, hemos dicho que no tienen nada, pero... Sí. Tienen un techo,

Están ahí, delante de nosotros.

El inmueble, a pesar de la miseria y pobreza que alberga en él, está limpio. Ni una colilla, ni un solo papel por los suelos. "Meta aquí a un grupito de niños de papá" —nos dice el cura— y verá usted lo pronto que está esto patas arriba. Vamos, que de las plantas que hay en el jardincito de abajo no queda ninguna. En cambio, ahora todo está en orden. ¿Y qué demuestra esto? Pues que el marginado tiene sensibilidad y aprecio por las cosas. No ha tenido nada, y lo poco que posee ahora lo guarda defendiéndolo como un gran tesoro".

En cada una de las ocho cel-

vagos por las calles, "porque, ¿qué trabajo van a encontrar, o a buscar, un alcoholizado o un enfermo?", y a la que se regresa, a las doce de la noche como máximo; sólo hay una ley: respeto al edificio y a las personas. "Y cuando más débiles sean éstas, más respeto aún. Quien no lo cumpla, pues a la calle, hasta que se le pasen los nervios. Ese es el peor castigo que les podemos dar".

—Aparte de marginados, ¿quiénes más habitan este lugar?

—Transeúntes, gente que viene de la Península buscando un trabajo que no encuentra y a los que se les termina el dinero. A





Comuna de Ca'n Gaza.

veces, el transeúnte y el marginado chocan; no por nada, simplemente porque aquél no se encuentra a gusto con la presencia de éste. Entonces a éstos, siempre y cuando haya plazas, les mandamos al Arenal, a una residencia que tenemos allí llamada "Las Gaviotas", que es, sin proponérselo, lo que podríamos llamar un centro modelo de transeúntes. Otra demostración a la sociedad de que el problema este puede ser tratado de un modo mejor de como lo está hasta ahora.

La Sapiencia, y esto ha de quedar bien entendido, no ha de ser perenne. Es, más que nada, una suplencia ante una necesidad, pero también un grito sonoro y desgarrado que clama por una justicia ante una sociedad que ni oye, ni ve. O que no quiere oír ni ver. "Pero que ahora no le queda más remedio que palparlo, porque esto es una realidad. En el año 1973, Mallorca se trajo de la península unos 70.000 trabajadores, 'forasters', como en la isla se les denomina, para que construyeran sus hoteles, apartamentos, etcétera. Muchos de ellos regresaron a sus tierras, pero otros no; se quedaron aquí. Luego, la crisis económica, la desesperación ante el trabajo perdido y el alcohol hicieron lo demás. Por lo tanto, si a ellos les debemos nuestra Mallorca no es justo que dejemos morir ahora a los que no tienen para volver".

La Sapiencia, hasta hace muy poco, no era nada. O sí era, no pasaba de ser una vergüenza ante los ojos de muchos puritanos. Hoy es una realidad. Y ha costado lo suyo para hacerse sentir "Y no ha sido fácil, no. Y no lo ha sido porque el marginado no interesa a nadie. No interesan a los políticos, porque no votan; no interesan a las centrales sindica-

les, porque no cotizan; no interesan al país, porque son una lacra. De ahí que para hacer notar su presencia ante una sociedad que hubiera querido meterlos en unas bolsas de plástico, como cualquier basura, no nos ha quedado más remedio que echar mano de la fuerza: huelgas de hambre, juicio público por un artículo contra la Diputación, por el que tuve que sentarme en el banquillo de los acusados, manifestaciones por la calle, encadenamientos en lo alto del monumento de Jaime el Conquistador, una marcha a pie por todos los pueblos de la isla durante quince días... A todo esto, lo hemos hecho para crear una conciencia del problema y para descubrirlo a la luz pública".

Por lo pronto, algo han conseguido con esas medidas de fuerza. Las autoridades han recibido a los marginados, los han escu-



Jaime Santandreu.

chado y los han atendido. La Diputación ha tenido que darles comida, el Ayuntamiento trabajo y el hospital cura gratuita.

—Antes los pobres iban a comer a Auxilio Social... Nada, un plato de sopa y a la calle. En Palma existía el comedor del Patronato Obrero, dependiente de los jesuitas, donde se daba, a cambio de una pequeña cantidad, alimento a los obreros a quienes no les alcanzaba el presupuesto. Yo, la verdad, esto no lo entendía mucho, porque la cosa es evidente: en mil novecientos setenta y nueve, el obrero tiene para comer o se muere de hambre; no hay medias tintas. De ahí que lo propusimos y lo logramos: la Diputación da algo de dinero, el Ayuntamiento paga los jornales a quienes allí trabajan, el Patronato pone sus ollas, y nosotros, La Sapiencia, el hambre. También hemos de dejar constancia de las ayudas que recibimos por parte de las Cajas, de Cáritas y del obispado, así como de algunos particulares; ayudas, pero que si no las pedimos nunca las hubiéramos logrado.

En julio del pasado año una familia mallorquina prestó a La Sapiencia una casa de campo, vieja y destaralada por los ladrones, próxima al barrio de Establiments, lugar no muy lejano de la capital. Con el tiempo, dicha mansión, a la que se denomina Ca'n Gaza, fue mudando la cara. Los escombros fueron retirados; la fachada e interiores, remozados y repintados, y la floresta que salvajemente había crecido por su entorno, arrasada, convirtiéndola en campos de cultivo muy fructíferos, con cuyos productos se piensa ayudar al abastecimiento del comedor del Patronato Obrero. La transformación ha sido posible gracias a la obra y manos de los marginados. Los que no servían para nada.

—En dicha comuna viven

veinticinco de estas personas, muchos están enfermos y alcoholizados. Y ahí están. Y ya se ha visto lo que son capaces de conseguir. ¿Se hubiera logrado en un manicomio o en la misma cárcel?

Al frente de la comuna de Ca'n Gaza hay dos objetores de conciencia, hombres jóvenes que un día se negaron a hacer servicios de armas, pero que ahora hacen servicio a los hombres. "Creo que soy el borracho más borracho de España —nos diría Emilio, uno de los que viven en esta comuna—. Me conozco todas sus provincias y manicomios, pero aquí, ¡jaja!, aquí estoy como nuevo. Beber, no bebo nada desde hace un montón de meses. Soy otro, ¿sabe? Aquí me siento persona; en los otros sitios no era más que un objeto que a nada que estaba bien mandaban a la calle... y hasta otra".

No muy lejos de Ca'n Gaza, sobre un pequeño montículo, se levanta un enorme pabellón retirado de servicio y que hasta hace unos años fue centro de niños subnormales, y anteriormente inclusa. "Ya ve usted, es de la Diputación, o sea, del pueblo de Mallorca, y ahí estaba, muerto de risa, mientras en las calles había gente que se moría de hambre y de frío. Por eso lo pedimos... Nos costó conseguirlo, tuvimos que salir todos a la calle, pero ya es nuestro. Bueno, nuestro no; nos lo han dejado, que ya es algo. Aquí se trasladarán muchos de los que están en La Sapiencia. Ya le digo, como uno no pida, no recibe. Pienso, por ello, que, en cinco minutos, si la gente estuviera bien concienciada, este problema podría tratarse un poco mejor de como se ha hecho hasta ahora..."

—¿Tratarse o solucionarse?

—La marginación no tendrá solución hasta que no cambie radicalmente nuestra estructura social. Si se construyen muchos centros, pero si se sigue marginando a la gente en hospitales, prisiones o reformatorios, el marginado siempre existirá. Mientras se siga pensando que los de las órdenes mendicantes son santos y que los que piden limosna en la calle por necesidad son vagos y maleantes, la marginación seguirá estando ahí. Y menos mal que ahora ya nadie la puede evitar ni esconder. Es una realidad. Pero también es una realidad que esta gente, si se tiene paciencia con ella y si no se la maltrata, puede hacer algo más en la vida que emborracharse, robar y malvivir. Aparte de lo dicho —termina diciéndonos Jaime Santandreu—, La Sapiencia ha logrado que muchos de los marginados pasen a desempeñar determinados trabajos a cargo del Ayuntamiento, como son los arreglos de las vías públicas. Y hasta la fecha nadie ha tenido queja alguna de ellos. Dichos trabajadores causan baja en el centro y pasan a ocupar plaza en una pensión, cuya primera semana les abonamos porque no tienen dinero. En caso de volver a quedar en el paro saben que ésta es su casa, a la que suelen regresar siempre. ■ Fotos: SERGIO RODRIGO.